

LA VOCACIÓN DE LOS HIJOS (I)

Del libro para miembros del Opus Dei: CUADERNOS 7: VOCACIÓN Y APOSTOLADO

LA VOCACION DE LOS HIJOS (I)

La vocación al Opus Dei no saca a nadie de su sitio, ni coarta las relaciones de parentesco y de amistad. Por el contrario, las fortifica y ennoblece, elevándolas a un plano sobrenatural, en el que todo se pone al servicio de la Voluntad de Dios. De ahí que sea conveniente conocer bien las circunstancias y aun la actitud de las personas allegadas, antes de que alguien solicite la admisión en la Obra.

No hay que olvidar nunca, sin embargo, que la llamada es siempre una iniciativa de Dios, dirigida a una persona concreta —llamada por su nombre—, de modo que, con la gracia, es el propio interesado, y sólo él, quien debe decidir la respuesta: *ecce ego, quia vocasti me*¹, aquí me tienes, porque me has llamado.

La vocación divina es un don, un gran regalo de Dios. Considerada así, mirada con visión sobrenatural, será recibida y aceptada como un inestimable privilegio para el que es llamado y, de otro modo, también para quienes están unidos a él por lazos de parentesco o de amistad. Esto lo entienden los parientes y amigos, gracias a Dios, en la inmensa mayoría de los casos, aunque a veces necesiten tiempo para alcanzar una comprensión más profunda de la maravilla de la vocación.

(1) I Sam. III, 6.

Querer lo mejor

Por ley natural, los padres desean lo mejor para sus hijos. Además de darles la vida, la educación, los medios para el desarrollo físico e intelectual, los lazos de la sangre les impulsan a renunciar gustosamente incluso a las cosas más personales, en favor de esas personas tan queridas.

No nos sorprende la actuación decidida de la madre de Santiago y de Juan, narrada en el Evangelio. Quería para sus hijos lo mejor. Sin pensar en sí misma, se acercó a Jesucristo, *le adoró, y manifestó querer pedirle una gracia. Jesús le dijo: ¿qué quieres? Y ella le respondió: dispon que estos dos hijos míos tengan asiento en tu Reino, uno a tu derecha y otro a tu izquierda*².

No se conformaba con que Juan y Santiago estuvieran siempre cerca de Jesús: deseaba para ellos los primeros puestos. Y así lo manifestó, sin circunloquios. Jesucristo, comprensivo ante el cariño y la audacia de una madre, no la rechaza, pero se dirige a los dos hermanos para preguntarles si están dispuestos a ser fieles hasta el fondo. Y concluye de manera que la madre no quede decepcionada: *sentarse a mi derecha o a mi izquierda, no me toca concederlo a vosotros, sino que será para aquéllos a quienes lo ha destinado mi Padre*³.

Muchas personas, que deseaban para sus seres queridos una especial intimidad con Jesucristo, manifestaron a nuestro Padre esa inquietud de sabor evangélico. Y la respuesta, aunque con matices diversos según las circunstancias, era siempre muy semejante. A una madre de familia, le decía: *debes estar tranquila, totalmente tranquila. De todas maneras, puedes seguir importunando al Señor. Las madres tenéis todas las facilidades. ¿Te acuerdas de la madre de Santiago y de Juan? Importuna al Señor, le pide los dos mejores sitios para sus hijos (...). El Señor ha preparado muy buenos sitios para todos. Tú puedes pedir también pa-*

(2) *Matth.* XX, 20-21.

(3) *Ibid.*, 23.

ra tus hijos, y otras madres para los suyos. ¡Para todos hay lugares estu-
pendos, muy cerca del Señor! ⁴.

Invariablemente señalaba que la libertad personal es absolutamen-
te necesaria para responder a esa elección particular que de algunos
hace el Señor. *En vuestros hogares* —escribió hace muchos años nues-
tro Padre, dirigiéndose a sus hijos Supernumerarios—, *que siempre he*
calificado de luminosos y alegres, se educarán vuestros hijos en las virtu-
des sobrenaturales y humanas, en un clima de libertad, de sacrificio ale-
gre. ¡Y cuántas vocaciones vendrán a la Obra, desde esos hogares que yo
he llamado las escuelas apostólicas del Opus Dei! ⁵.

Los padres pueden preparar el terreno para que germine —si Dios
planta— la semilla de la vocación; más, no. Dios espera la respuesta
personalísima de la criatura que escogió. Por eso, no podría recibir la
vocación quien careciera de la capacidad de decidir por su propia
cuenta el sí o el no a la llamada.

Sólo cabe influir en esa decisión mediante el buen ejemplo y la ple-
garia. *¡Encomendad a vuestros hijos a San Rafael Arcángel!, para que los*
lleve —si es voluntad de Dios— a constituir un hogar feliz, cristiano, ca-
sándose con una mujer guapa y buena, santa y alegre y fiel.

Y si no, les podéis encomendar también a San Juan, el Evangelista
adolescente, que fue el más hombre de aquellos doce hombres que Jesús
tuvo a su lado; que fue el único que perseveró junto a la Cruz: los demás,
llenos de miedo, se escaparon. Y quizá les pida el Señor que ellos sean
así: valientes; y la Cruz da miedo, incluso a los padres. Pero a vosotros no
os va a dar miedo si encomendáis los hijos a San Juan Evangelista ⁶.

La «novela»

Es natural que los padres forjen planes sobre las criaturas que
Dios les ha confiado. A esos proyectos paternos y maternos, nuestro

(4) De nuestro Padre, Tertulia, 14-VII-1974, en Catequesis en América, II, p. 324.

(5) De nuestro Padre, Carta, 9-I-1959, n. 57.

(6) De nuestro Padre, Tertulia, 26-VI-1974, en Catequesis en América, I, pp. 699-700.

Fundador los llamaba —con su buen humor— *la novela*. En esas páginas imaginarias encuentran lugar los más pequeños pasos que pueda dar el hijo a lo largo de su vida. *Apenas nace la criatura, ya estáis escribiendo su fantástica biografía: las madres pensáis en casarles; los padres pensáis que seguirá con el negocio, que lo aumentará, que lo mejorará, que lo engrandecerá...*⁷.

En esa *novela* ordinariamente sólo aparecen cosas que redundan en el bien de los hijos, tal como lo imaginan sus padres. Pero hay dos elementos, imposibles de calibrar, que condicionan su desarrollo efectivo: la voluntad de Dios para cada criatura y la libertad humana. Un padre o una madre cristianos, una persona respetuosa de la libertad de los demás, nunca se aferrará con testarudez a esos proyectos, porque saben bien que en último término, como hicieron ellos mismos, son los hijos quienes deben escribir personalmente —en uso de su legítima libertad— el relato de su vida.

En muchos casos, los caminos que recorre cada persona pueden echar por tierra el programa que los padres habían trazado anteriormente. Entonces se pone a prueba la rectitud de intención que daba forma a esa *biografía* anticipada, escrita al dictado de la fantasía. Se descubre si lo que se perseguía era lo mejor para los hijos, o si se mezclaban el egoísmo, cálculos meramente humanos, caprichos...

Además, en el caso de que los hijos reciban la llamada a entregarse a Dios totalmente, se pone a prueba la visión sobrenatural, la entereza del espíritu cristiano en esas personas o en esa familia. Porque *llega el momento divino en el que el chico tiene que usar de su libertad, y dice: mamá, Dios me llama —por ejemplo al Opus Dei—; y tú coges la novela rosa y la quemas; y te pones muy contenta. Y el humo de aquella novela es incienso delante de Dios*⁸.

Nuestro Fundador disculpaba siempre a los padres que miran esa decisión de sus hijos con alguna inquietud, porque no están ciertos de la firmeza y objetividad de esa vocación que comienza, y temen por su perseverancia. *Mirad, hijos míos —decía—, los papás hacéis muy bien*

(7) De nuestro Padre, Dos meses de catequesis, II, p. 820.

(8) De nuestro Padre, Tertulia, 25-V-1974, en Catequesis en América, I, p. 84.

de ver las cosas de tejas abajo. De modo que cuando veis el porvenir de los hijos, tenéis obligación de pensar en las cosas terrenas; y si los hijos os vienen con una novela demasiado sobrenatural, y les hacéis un poco de probatina de acuerdo con el confesor —con el confesor del chico, se entiende, ¿eh?—, pues hacéis muy bien; hacéis muy bien porque debéis acompañar a vuestros hijos en todo el camino de su vida. Y cuando ellos escogen un camino que os parece, en la primera impresión, extraordinariamente espiritual y poco práctico, vosotros vaciláis un poco, y... yo me lo explico perfectamente ⁹.

La oposición a Dios

Muchos padres aceptan rendidamente la voluntad de Dios para sus hijos; otros adoptan posiciones muy diversas, alimentadas por variados motivos: lógicos y comprensibles unas veces, con mezcla de egoísmo otras. Pero puede darse también una reacción que nada tiene que ver con la natural prudencia, y que denota más bien falta de sentido sobrenatural. Es semejante a la de Herodes, cuando supo que había nacido el Rey de los judíos. Dice la Escritura que, *oyendo esto, el rey Herodes se turbó, y con él toda Jerusalén* ¹⁰. Y comentaba nuestro Padre: *¡es la vida cotidiana, queridos míos! Esto mismo pasa ahora: ante la grandeza de Dios, que se manifiesta a sus escogidos, no faltan personas, incluso constituidas en autoridad, que se turban. Porque no aman del todo a Dios; porque no son personas que quieren encontrar de veras a Dios; porque no quieren seguir sus inspiraciones y se hacen obstáculo en el camino de Dios. ¡Estad prevenidos! Y no os preocupe.*

A mí me da mucha pena decir esto, pero... ¡en cuántas ocasiones es la familia, son los amigos, son los parientes los que se oponen a la vocación de una manera desconsiderada, porque no entienden, porque no quieren entender, porque no quieren recibir las luces del Señor! Y se oponen a to-

(9) De nuestro Padre, Tertulia, 26-VI-1974, en *Catequesis en América*, pp. 699-700.

(10) *Matth.* II, 3.

*das las cosas nobles de una vida entregada a Dios. Y se atreven ¡a probar! la vocación de su hijo, de sus hermanos, de sus amigos, de sus parientes, y hacen una labor de tercieta, sucia. Os digo esto, no para escandalizaros, sino para que andéis prevenidos: porque esa actitud la hacen incluso compatible con un ambiente de familia que llaman cristiano. ¡Qué pena!*¹¹.

Con la excusa de que los hijos son demasiado jóvenes —para seguir la llamada de Dios, quizá no para otras decisiones también comprometidas—, o de que carecen de la necesaria experiencia de la vida, algunas familias se dejan llevar por la tentación diabólica de poner tales dificultades que comprometen la perseverancia de la persona que ha sido llamada, ofendiendo gravemente al Señor. En estos casos, el consejo de nuestro Fundador era decidido. Ante una pregunta que le formularon en este sentido, respondió sin vacilar: *se me vienen a la memoria unos versos de Cervantes (...): que es de vidrio la mujer, / pero no debes probar / si se puede o no quebrar, / que todo podría ser.*

*De manera que no pruebe si te puedes quebrar. ¡Que te deje tranquilo! Mamá ahí está equivocada. Debe desear que tú no hagas probatinas, que son ofensas a Dios. Si no te deja en paz, perderá ella su paz, enredará su conciencia y pondrá su vida eterna en compromiso. Hijo mío, quiere mucho a tu mamá. Llévale la contraria decididamente, pero de un modo amable y sonriente. Porque en eso la pobre está equivocada*¹².

El Padre ha insistido también en este mismo tema: *además de rezar, enseñad a todos esta lección de nuestro Padre: la vocación es un tesoro por el que se deja todo —relictis omnibus!—, y luego hay que defenderlo de cualquier peligro. Y si una mamá se convierte en Celestina, y trata de quitar la vocación a su hijo, hay que ser fuertes y, con todo cariño y respeto, defender el tesoro. Es una pena —pero sucede ahora con frecuencia— que les moleste más encontrar a una hija o a un hijo en una actividad de formación espiritual, que divirtiéndose de cualquier manera en una playa. Perdonadme, hijos, porque es un poco fuerte lo que os digo, pero existen esos casos, ante los que se necesita oración, y actuar con fortaleza*¹³.

En estos tristes casos, no siempre la culpa es de las familias; mu-

(11) De nuestro Padre, Meditación, 9-I-1959, en Crónica IV-66, p. 42.

(12) De nuestro Padre, Tertulia, 23-VI-1974, en Catequesis en América, I, p. 664.

(13) Del Padre, Tertulia, 24-IX-1980.

chas veces pueden verse influidos por algunos malos consejeros que envenenan la juventud con una reacción diabólica, que es más o menos la que tuvo Herodes cuando comprendió, a su manera, que había un Niño que era Dios.

¿Y qué haréis cuando a lo largo de vuestra vida sintáis ese obstáculo, esa congregación de falsarios que pinchan, que adoctrinan, que oscurecen —es el tono de la doctrina de ellos— la luz de Dios; que quieren que las almas cierren los ojos para que no crucen la mirada de Cristo? ¿Qué haremos? Rezar, rezar. Rezar, trabajando con sentido sobrenatural en la vocación de aquella alma y de otras, en las encrucijadas de la vida. Y pensar que —omnia in bonum!— Dios Nuestro Señor se sirve de todos esos obstáculos para purificar, para mejorar y ennoblecer las vocaciones desde el principio ¹⁴.

Son pocas las familias que reaccionan de esta manera ante la vocación al Opus Dei. Nunca pensaron que sus hijos se dedicasen a Dios y, por el contrario, habían hecho para ellos planes bien distantes de esa entrega, que no esperaban, y que viene a destruir sus proyectos, muchas veces nobles, pero terrenos. De todas formas —escribía nuestro Padre en 1959—, mi experiencia —ya no breve— me enseña que los padres, que no recibieron con alegría la vocación de sus hijos, acaban por rendirse, se acercan a la vida de piedad, a la Iglesia y terminan por amar a la Obra.

Son, por gracia de Dios, cada día más abundantes, a pesar de las consideraciones anteriores, las familias —padres, hermanos y parientes— que reaccionan de modo sobrenatural y cristiano, ante la vocación; y que ayudan, piden la entrada como Supernumerarios o son, al menos, grandes Cooperadores ¹⁵.

Un regalo de Dios

¿Cómo reaccionar ante la vocación de las personas queridas? La respuesta de nuestro Fundador es clara: *debéis pensar siempre, con sen-*

(14) De nuestro Padre, Meditación, 9-I-1959.

(15) De nuestro Padre, Carta, 9-I-1959, n. 58.

tido sobrenatural, que es un regalo muy grande que Dios hace en vuestra casa, cuando El los escoge para su servicio. ¡No perdáis esa gracia!¹⁶. Y en otra ocasión añadía: *pido a Dios Nuestro Señor y a Nuestra Señora (...) que nos haga esa merced grande: que en esta sociedad vuelva a haber el orgullo santo de que, en cada familia, no falten almas que se entreguen al servicio de Dios*¹⁷.

Cuando, con visión sobrenatural, se aprecia que la llamada divina es prueba de la confianza y cariño del Señor para toda la familia, inmediatamente brota el convencimiento de que la vocación supone un verdadero privilegio. Como escribió nuestro Fundador, *no es un sacrificio para los padres que Dios les pida sus hijos; ni para nosotros es un sacrificio dedicarnos al Señor. Es un honor inmenso, un orgullo grande y santo, una muestra de predilección, un cariño particularísimo, que ha manifestado Dios ahora, pero que estaba en su mente desde toda la eternidad*¹⁸.

Merece mucho respeto la vocación —añadía en otro momento—. Si el Señor escoge de vuestra casa gente para El, debéis estar muy satisfechos, muy agradecidos. Si un personaje de la tierra, un jefe de Estado, llamara a un hijo vuestro, para tenerlo a su lado y hacer grandes cosas en el país, os pondríais tan contentos... ¡Pues cuánto más agradecidos debéis estar, si el que les llama es Dios!¹⁹.

Agradecimiento también porque es una muestra de que el Señor ha correspondido sobreabundantemente a los esfuerzos realizados para que los hijos recibieran una educación cristiana. *El noventa por ciento de la vocación* —afirmaba siempre nuestro Fundador— *la debemos a nuestros padres, aunque a veces parezca que están distantes de la fe: no lo están. Nos habéis criado para Dios y Dios ha dicho: os los acepto. Y ha cogido esos trozos de vuestro corazón. Dadle gracias, pero con alegría*²⁰.

(16) De nuestro Padre, Dos meses de catequesis, II, p. 820.

(17) *Ibid.*

(18) De nuestro Padre, Crónica, 1967, p. 136.

(19) De nuestro Padre, Dos meses de catequesis, II, pp. 821-822.

(20) De nuestro Padre, Dos meses de catequesis, II, p. 821.